

**TRES
SOMBRAS
TRES**

—
**NAGALA
YUNCIEL**

S

Agosto 1969

Pasaban las tres de la mañana, Rebeca se había citado con Teo en la antigua fragua de Darío. La noche era calurosa y oscura, las nubes ocultaban por momentos una luna de sangre.

–Supongo que la has encontrado, de lo contrario no estarías aquí. ¿Y bien?

–Antes quiero cobrar lo prometido.

Teo había sacado del pozo indicado por Rebeca una caja de hierro fundido. Era cuadrada, de unos 40 centímetros con la tapa soldada por los cuatro costados. De ahí que hubiera forzado la entrada de la fragua para abrirla con un soplete. Dentro había otra caja más pequeña de las mismas características.

– ¿Cómo sé que la tienes?

– ¿Cómo sabías que estaba enterrada ahí?, ¿Acaso es la cámara de Ambros? Será mejor que nadie se entere o te colgarán por bruja.

–El trato era sin abrirla.

–Tu trato ya no vale, ahora las condiciones las pongo yo. Un beso no es suficiente, lo quiero todo.

Los 18 años de Teo habían sometido la sobrevalorada astucia de la joven Rebeca, hija única de la familia más acomodada de la zona.

Cuando Rebeca abandonó el lugar se sentía feliz por haber conseguido la cámara pero ultrajada por Teo. No hubo llanto, solo ira.

La luna roja de esa noche le pareció a Teo más rara que nunca, pues proyectaba tres sombras de la joven. Regresó al bar del hostel donde había quedado con Samuel.

– ¿Cobraste lo prometido?

–Lo prometido y más.

–Pesaba bastante, ¿qué es lo que había?

–Puede que nada o puede que el mismo diablo, pero por si acaso, no dejes que Rebeca te enfoque con la cámara.

1. Noticias del pasado

Sabina se sobrecogió al ver el matasellos. Aquello no podía traer nada bueno. La última carta que había recibido de El Erial se remontaba a catorce años, cuando su hermana Dorotea le anunciaba en escuetas palabras que Ambros, el hermano de ambas, había desaparecido del centro donde estaba recluido. Sabina no contestó. Solo dio señales de vida al llegar a la isla hace 20 años, y fue para comunicar su dirección, por si ocurría algo. Y algo había ocurrido. Quizás anunciaba el fallecimiento de Dorotea, no por edad, aún no habría cumplido los 60, o quizás anunciaba algo peor, el regreso de lo que le hizo huir de aquel pequeño pueblo en medio de la nada y sepultado por un pantano que cambió la vida de todos.

Un escalofrío le recorrió su cuerpo menudo y miró por la ventana. Allí estaba el mar, “vete lejos y no vuelvas” le había dicho su hermano antes de que lo encerraran, pero él no estaba loco. ¿Por qué nadie le creyó?, solo ella era la única que sabía que todo era cierto, pero Dorotea era la mayor y no quedaba más familia; fue ella quien tomó esa mala decisión con el beneplácito del médico y la bendición de un cura cada vez más influyente en su vida. Una decisión que nunca le perdonaría. Dijeron que así Ambros dejaría de ver sombras donde no las había y de tener “reacciones irracionales”.

Al segundo sorbo de un café amargo rasgó el sobre, quería saber el contenido antes de que llegara Liber, porque quizás tuviera que ocultárselo, como tantas cosas. La hoja manuscrita estaba doblada junto a un recorte de periódico. El recorte decía así:

San Judas ve de nuevo la luz

Recuerdos que emergen

Los restos de San Judas, el pequeño pueblo que quedó anegado por las aguas del pantano Erial hace 23 años, han quedado al descubierto por la pertinaz sequía, los caminos empedrados, restos de construcciones, cercados, pozos, cementerio..., pero también han vuelto a la luz los recuerdos de quienes vivieron allí y que tuvieron que emigrar, unos muy lejos y otros hacia pueblos cercanos, como El Erial, con lo poco que la empresa hidroeléctrica valoró sus bienes; lo que nunca valoró fueron sus sentimientos, su arraigo... Algunos de ellos o sus descendientes se acercan estos días para depositar flores y honrar a los seres queridos que seguían en el cementerio...

La fecha del periódico era de hacía tres meses.

Liber encontró a su madre mirando el recorte de periódico. No la había oído entrar. Le quitó el papel de la mano y leyó.

—No es para tanto —le dijo mientras le tomaba las manos heladas—. Dijiste que habíais llevado los restos de padre y de los abuelos hasta el cementerio de El Erial. ¿Por qué... por qué te ha impresionado de esta manera?

Pero Sabina seguía sin hablar. Liber tomó el sobre y miró el remite, — “Leo Miguel. ¿Quién es?”

Fue una sorpresa. Estaba tan segura de que era de su hermana Dorotea que ni había mirado el nombre, solo el lugar. Comenzó a leer la carta, y a medida que avanzaba su rostro palidecía.

—Me estás asustando, madre.

“Estimada Sabina, confío que recibas estas líneas, si es que estás bien de salud tú y tu hija, y aún vives en la misma dirección. ¡Hace tanto que no sabemos de vosotras! Ya, ya sé lo que piensas. Y no te culpo. No fue nada fácil perder a tu marido, la casa, las tierras, por no hablar de nosotros...

Me imagino que has leído el recorte... y has visto la foto de lo que ahora queda de San Judas, se ve el cementerio, y el pozo, ese pozo maldito.

Esta carta debería escribirla tu hermana, pero lo que está sucediendo la está trastornando. Está en un estado de... pánico, no le encuentro otro nombre. Vaya por delante decirte, porque creo que no lo sabes, que nos casamos al año de irnos de aquí y tuvimos una hija. Fue un embarazo y un parto complicados, tu hermana ya no era tan joven, y la niña nació con problemas de corazón que se han ido, si no resolviendo, si controlando. No sabes las alegrías que nos ha dado Rebeca, así se llama, como vuestra madre.

Lo que quería decirte, aunque ya lo estarás intuyendo, es que se están repitiendo los hechos que creíamos haber enterrado para siempre. Ambros tenía razón y solo tú le creíste. Ambros no deliraba, ni tenía esas... reacciones irracionales. Lo que sea ha vuelto. Solo Ambros sabía la verdad y quizás también conocía cómo acabar con ello, pero no le hicimos caso. Y yo me pregunto si te dijo cómo hacerlo.

Ya han muerto tres personas en un mes. Tres personas ¡con las tres sombras! ¡Tres! Más de uno las ha visto. Eso significa que aquello que temía Ambros está fuera. No puedo explicarme cómo ha salido de donde la enterramos. Los tres fuimos hasta el pozo a dejarla allí para siempre; las aguas del pantano se encargarían de que nunca volviera a salir. Incluso tu hermano estaba de acuerdo al principio, después, ya recluso, se obsesionó y no hacía más que repetir que habíamos hecho algo malo, pero lo malo, lo maligno, fue lo que enterramos. Dorotea, que jamás supo qué había ocurrido con la cámara, no hace más que preguntarse quién la puede tener. Yo también me lo pregunto.

Ahora San Judas parece un pueblo fantasma. Hace dos días me armé de valor y me acerqué al pozo. Allí no estaba el cofre. Quien tenga la cámara no sabe lo que tiene en sus manos, muerte de inocentes y locura para el que la posea.

Necesito averiguar dónde está, porque ahora quien tiene las tres sombras es Rebeca. ¡¿Lo entiendes?! Por caridad, Sabina, Rebeca acaba de cumplir 16 años ¡No podemos perderla!

Poco antes de desaparecer, Ambros me dijo que sabía qué era lo que querían las sombras, aunque ya fuera imposible recuperarla. Dijo que te escribiría. ¿Recibiste la carta?

El pueblo está asustado, porque si antes esas sombras solo las veía él, y a veces tú, ahora las vemos muchos, y es como un estigma... como si esas personas tuvieran la lepra, como si ya estuvieran tocados por la muerte, o por algo peor. Y la incertidumbre, ¿cuándo y cómo ocurrirá? Estamos viviendo una pesadilla, y el médico y el cura nos dicen que es histeria colectiva, pero tú misma puedes juzgar por la foto que te envío, los dos sabemos que no está manipulada, “tres sombras, tres”, como repetía Ambros, junto a la figura de Rebeca.

Entiendo que no quieras venir, y menos con Libertad, porque si te fuiste fue para salvarla de este mal, el que ahora posee a Rebeca, pero estamos desesperados y por eso te suplico ayuda”

Hasta aquí la carta que Sabina leyó una y otra vez, hasta que Liber se la quitó de las manos.

– ¡Qué historia tan extraña! Nunca me has contado por qué te enfadaste con Dorotea, o por qué ingresaron al tío Ambros. ¿Cómo es posible que ni siquiera te dijeran que se habían casado?, ahora tienes una sobrina y yo una prima. Es familia, los Ballesteros, para mí es importante, ¡tengo una prima! Lo otro, lo de las sombras, me parecen leyendas.

Pero Sabina seguía sin hablar, miraba a su alrededor, buscando esa foto de la que hablaba Leo. Estaba bajo el pie de Liber. En ella aparecía la figura de una joven ¡tan parecida a Leo!, y a la vez tan parecida a Liber... junto a ella su sombra y dos sombras más.

Y Sabina tuvo que hablar, al menos lo suficiente para que su hija se diera por satisfecha. Libertad, con 26 años, llevaba una vida sin complicaciones, daba clases a los más pequeños y tenía a Cosme, entrenador de educación física en el mismo centro. Al final del curso se casarían. Por fortuna la joven se había criado lejos de historias siniestras y de rencores, pero también sin más familia que su madre. Ahora quería saber, y Sabina le contó lo que le pareció.

Tuvo que remontarse al final de la Guerra, en la que su padre perdió la vida y su madre le siguió a los pocos meses. De los tres hermanos, Sabina era la pequeña, delgada, con esos enormes ojos oscuros y una mirada dulce. Dorotea era la mayor, grande y rechoncha, como el padre, con una belleza que su mal temperamento no dejaba apreciar. Ambros, a pesar de ser el segundo, fue para las hermanas como el pequeño, curioso, siempre preguntándose el por qué de todo. Era una familia que con el cultivo de olivos y el ganado vivía holgadamente. Hasta que el pantano lo cambió todo.

Ambros, con 25 años, regresó del frente con una cámara Kine Exakta. Según contó estaba junto a un soldado republicano caído, posiblemente ruso. No pudo detenerse para saber a quién pertenecía, pues las bombas no dejaban de caer y no quería ser otro de tantos muertos en aquel campo cubierto de bajas.

Cuando llegó a San Judas había un pequeño destacamento del ejército vencedor. El sargento Pascal con seis soldados. Pascal y Ambros habían compartido escuela de niños. Los encontró celebrando la victoria en la taberna. En un momento dado Ambros sacó la cámara de fotos y Pascal le pidió que immortalizar la victoria. Ambros disparó sin estar seguro de que tuviera carrete.

—Vas a tener que encargar al menos siete copias, una para cada uno —le dijo Pascal.

Dorotea y Sabina observaron que Ambros, desde que llegó, no tenía intención de retomar las labores propias del campo, pero les pareció normal, había que darle tiempo, se lo merecía, la experiencia de la guerra había sido terrible para todos, pero más para los que habían estado en el frente.

Al joven le faltó tiempo para ir a revelar el carrete, sentía curiosidad por saber qué otras fotos había, además de las de su amigo Pascal, pero cuando las vio quedó tan desconcertado que culpó al laboratorio de haberlas manipulado.

—No diga tonterías, solo tiene que ver que coinciden con el negativo. ¿Acaso cree que no tengo otra cosa que hacer?

Las fotografías mostraban un campo de batalla, soldados disparando, aviones descargando las bombas, y también el rostro de dos soldados en lo que le pareció ¡el momento morir! ¿Cómo pudo el fotógrafo captar el instante en el que se le va la vida?, ¿estaba buscando ese momento para immortalizarlo o había sido casualidad? Le impresionaron tanto esos rostros que los veía entre la gente con la que se cruzaba, incluso entre los amigos. Le llamó especialmente la atención la última instantánea antes de fotografiar al grupo de Pascal, correspondía sin duda el instante de la muerte del propio fotógrafo. Al caer bajo un disparo o el impacto de una bomba, había vuelto la cámara hacia él. ¡Ese rostro parecía hablarle! Pero lo más extraño era una sombra, además de la propia, que no correspondía con él. De ahí que pensara que habían manipulado las fotos.

Al observar detenidamente el grupo de Pascal vio detrás de éste dos sombras. Solo en él, y no debería haber ninguna, se había hecho en el interior de la taberna. Una era más alta que la otra y llevaba lo que parecía un casco de soldado.

No había pasado un mes y Pascal ya no estaba vivo.

Así se lo contó Sabina a Liber.

—¿Pensáis que esas sombras están relacionadas con la muerte? madre, ¿cómo puedes pensar algo así? Tú no crees en brujas, espíritus...

—Creo lo que veo —la interrumpió su madre.

– ¿Me estás diciendo que las has visto?

Y Sabina siguió contándole que en un principio Ambros no relacionaba la muerte con las sombras, ni siquiera cuando Pascal sufrió aquel accidente.

–Tú lo has dicho, accidentes –la interrumpió Liber.

Ambros seguía ajeno a las labores de la granja y del campo. Pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad fascinado con la fotografía. Las sombras no aparecían en el paisaje, ni en los edificios. A veces todo era normal, hacía fotos en bodas, comuniones y bautizos, y muy pocas veces aparecían esas sombras, y si lo hacían las retocaba, no quedaba estético.

Empezó a atar cabos cuando supo de la muerte de una de las jóvenes que había asistido a una boda, y luego otra persona en la inauguración de una escuela, y otra más en un desfile... Hasta que un día comenzó a ver las sombras antes de hacer la fotografía. Y en esos casos no disparaba la cámara.

Ese capricho suyo de fotografiar a unos sí y a otros no, como decía la gente, enturbió su reputación profesional. Que si tiene manías, que si es raro...

–No podían imaginar que seguramente les estaba salvando la vida. Así estuvo unos años, cada vez con menos clientes, cada vez con más reacciones irracionales.

Una noche, eso no se lo contó Sabina a Liber, Ambros estaba en la ciudad, el periódico local contaba con él para las fotos de sucesos, sabían de su predilección por fotografiar cadáveres, ellos no tenían sombras. Pues bien, esa noche, cuando imaginó que Dorotea ya dormía, Sabina entró en la habitación de Ambros. En el mismo instante de cruzar la puerta sintió como si todas las manos del mundo la tocaran, como si mil susurros le hablaran, como si el aire fuera tan espeso que la oprimía hasta no poder respirar. Quiso salir pero no pudo abrir la puerta y buscó a tientas el interruptor de la luz. Y encendió. El grito fue espantoso, allí había ¡dos sombras! moviéndose muy rápido a su alrededor. Sintió sus manos tocándole el cuello, la cara... como ligeras telarañas macabras.

Dorotea la encontró en el suelo. Por más que le preguntó qué había ocurrido Sabina no respondió. Solo dijo que le había dado un mareo. No entendió por qué su hermana no había visto nada.

–Ya sabes que Ambros nos ha prohibido entrar en su habitación– –dijo mientras miraba a su alrededor–. No lo entiendo, estamos en pleno verano y esta habitación está más fría que en invierno. Será mejor que no le digas nada.

Sabina omitió contarle a su hija muchos detalles de aquella época. No le dijo que por entonces ella y Leo casi llegaron a ser novios. Tampoco le dijo que a veces, solo a veces, ella también veía esas sombras caminando junto a niños, o ancianos, mujeres e incluso gente de paso. Y que en el pueblo comenzaban las habladurías, como si fuera una enfermedad familiar y eso enturbió la relación con Leo. Más que con él con su familia, gente más acomodada, aparte de un buen capital en terrenos cultivables, tenían la única farmacia en varios pueblos alrededor. Hubiera sido un matrimonio bien acogido por todos, pero esas manías, esas reacciones irracionales... Engracia, la matriarca de los Hidalgo, no iba a permitir que la sangre de su único hijo, el único que había sobrevivido después de tres embarazos malogrados, se mezclara con la de los Ballesteros.

Aunque Libertad solo tenía cinco años cuando murió su padre, conservaba muchos recuerdos de él, pasaba mucho tiempo a su lado, en el campo, jugando a las cartas o leyendo historias de héroes. Siempre recordaría el día del entierro, ella tan pequeña y ya vestida de luto. Y su madre, sin derramar una lágrima. No se le borró nunca esa figura estática durante el funeral, sin muestras de sentimientos. La llevaba agarrada de la mano y le limpiaba continuamente las lágrimas y los mocos camino del cementerio, el de El Erial, porque el pantano ya amenazaba con inundar el pueblo.

Ni de adulta se imaginó Liber que esa aparente falta de sentimientos de su madre no era porque no le causara dolor la pérdida de Mateo, todo lo contrario, se le había ido la persona más buena que había conocido nunca. Esa falta de dolor fue una pose ante un destino cruel que no le daba tregua, habían muerto sus padres, Leo la abandonó y ahora se iba Mateo. No, no iba a dejar que el destino la convirtiera en una amargada, en una viuda desconsolada. Seguiría con la cabeza alta, por ella y por su hija.

Tampoco le contó que se casó con Mateo estando embarazada. Nunca dejó, y Ambros tampoco lo intentó, que le hiciera ninguna fotografía a la niña. Ni siquiera les hizo las fotos el día de la boda. Sin embargo, dio igual, Mateo murió en un accidente de caza.

Ambros estaba cada vez más perdido. Si veía más de una sombra cuando enfocaba a la gente, no disparaba, pero les seguía la pista durante un tiempo. Le contó que si no había foto no había peligro, y que esas sombras no estaban en las personas, sino en la cámara, como si ese fuese su hogar, ¿pero quiénes eran?, ¿qué querían?

Ambros le pidió a Sabina que le fotografiara a él, pero ella se negó.

– ¿No lo entiendes? Necesito saber qué quieren.

– No voy a hacerte ninguna foto.

– Al menos mira a ver si salen sombras a mí alrededor. Sabes que podría pedirselo a otra persona.

– Tendrías que darle muchas explicaciones a esa otra persona y aumentaría la fama de tu locura, o peor aún, pensarán que estás embrujado, o maldito. Déjalo, deshazte de la cámara...

– No puedo. ¿Y si todos esos que han muerto después de hacerles las fotos están ahí dentro? Pascal, los demás... ¿Y si a mí me ocurriera algo y terminara también ahí? Al menos ahí dentro sabría la verdad...

A nadie le dijo Ambros que fotografió a quien disparó, aunque fuera fortuitamente, a Mateo. Gerardo, que así se llamaba, murió a la semana por una mala caída del caballo. A la matriarca de los Hidalgo le dio un ataque repentino mientras se confesaba, días antes Ambros la había fotografiado a la salida de misa.

Comprendió que el asunto se le estaba yendo de las manos, que se estaba tomando la ¿justicia? por su mano. Apenas comía, no dormía, se pasaba las noches paseando, cavilando alguna solución. Ambros dejó de colaborar con el periódico y de fotografiar personas, prácticamente se recluyó en su habitación sin la cámara porque ya no podía vivir junto a ella, bien lo sabía su hermana Sabina y entendió que quisiera olvidarla, arrinconarla. La dejó en el cobertizo, encerrada en una lata y esa lata en otra. Pero aquello duró poco.

– He empezado a ver sus caras. Ya no son solo sombras, es como si hubieran resucitado, pero sigo sin saber qué quieren. A veces, sin que yo haga nada, acompañan a algún niño, o algún pájaro, como si quisieran volar, ¿pero a dónde?, ni ellas lo saben.

– ¿Acaso no habías encerrado bien la cámara?

– Pero vuelvo a ella una y otra vez, no puedo evitarlo. Estoy en la habitación y miro hacia el cobertizo y me parece ver luz, y voy, la saco y miro por el objetivo, entonces salen como si quisieran respirar y a veces veo sus rostros. Son soldados, parecen perdidos mirando alrededor o quedándose a mi lado. Entonces cierro los ojos y vuelvo a encerrarla.

– Escóndela donde nadie la vea, y vete lejos.

– No puedo hacerlo, me necesitan. Tú sí que deberías irte, aunque solo sea por Libertad, pon mucho espacio de por medio y vete lejos.

Sabina le contó a Liber lo del pantano. Se hablaba de su construcción ya antes de la guerra, decían que San Judas iba a quedar bajo las aguas, pero no terminaban de creérselo, a pesar de ver cómo avanzaban las obras.

–Nos dieron una miseria, ni el 20 por ciento del valor real. No fue el gobierno, fue la empresa hidroeléctrica la que estipuló la cuantía, incluso llegaron a decirnos que no nos quejáramos porque bien podían haberlo hecho sin darnos una sola moneda. Nos echaron por decreto, nadie se hubiera ido por esa miseria. Algunos empezaron a buscar otro lugar, incluso en el extranjero, pero la mayoría se repartió entre los pueblos de la comarca. Ambros decía que no valía la pena seguir con la siembra, que debíamos marchar cuanto antes, pero algunos no querían creerlo, a pesar de ver cómo desmantelaban la iglesia para levantarla de nuevo cerca del pantano. La familia de Leo pudo trasladar la farmacia a El Erial y cada vez éramos menos los que permanecíamos esperando, ¿esperando qué? ¿Ver desaparecer todo lo que conocíamos, todo lo que habíamos vivido y sentido?

–En las fotos del periódico se ven las calles empedradas y lo que debió ser el cementerio donde han depositado flores. Y también se ve un pozo.

–El pozo –Dijo con pesar Sabina–. Jamás pensamos que volveríamos a verlo.

– ¿Tiene algo de particular este pozo?

–Lo tiene todo, Liber. El mal ha vuelto a salir.

2. El reencuentro

Jueves.

Fue un viaje largo hasta El Erial, barco, tren, hasta llegar en taxi a la misma plaza de la que salieron hacía más de veinte años.

–Hubiera preferido que no vinieras... –le dijo Sabina mientras recorrían un paisaje yermo, aunque por la ventana del taxi entraba el olor del hinojo ya marchito. Era un otoño triste.

–Vamos, madre, es una historia fascinante, además, quiero conocer a mi prima.

–Seguro que van a ver San Judas –madre e hija no contestaron al taxista, pero no pareció importarle–. Les va a costar averiguar quién era el esqueleto que han encontrado. Después de veinte años solo han quedado los huesos...

–¿De qué está hablando? –preguntó Sabina.

–¿Es que no lo saben?, aunque si no son de aquí es lógico. Hace unos días lo encontraron unos muchachos revolviendo piedras y buscando a saber qué. Ya sabe cómo son los críos.

Ya en El Erial a la joven no le pasó desapercibido el interés con el que eran observadas. Leo las esperaba en el único hostal y que hacía las veces de restaurante. Liber no supo calcular su edad, algo mayor que su madre, la piel curtida y una buena mata de pelo canoso. Alto y fuerte. Le pareció atractivo. Insistió en que se alojaran en su casa, que le vendría bien a Dorotea y a Rebeca, cuando ésta llegara de la ciudad, donde estudiaba, pero Sabina no aceptó.

–Supongo que no me recuerdas –le dijo Leo a Liber.

–Me temo que no, pero ya habrá tiempo de conocernos.

–Ayer ocurrió algo más...

–Lo sé, ha aparecido Ambros.

Poco después Leo las condujo hasta la casa. Era una buena casa, se veía que ahí vivía gente pudiente.

–Es parecida a la de San Judas –observó Sabina.

–Estamos pensando en irnos a la ciudad, o más lejos, como tú. Tu hermana ya no soporta esta situación. Temo por su salud, incluso por su vida. No quiere que Rebeca se acerque al pueblo, creo que también ella ha visto las sombras, y ahora aparece ese cuerpo...

El reencuentro con su hermana fue tan frío como lo esperaba. Había mucho rencor entre las dos, Dorotea no había creído nunca la historia de las sombras, y para Sabina ella era la culpable de haber encerrado a Ambros y de que éste, al final, desapareciera. Que se hubiera casado con Leo tampoco facilitaba las cosas. Las dos tenían una hija, las dos del mismo padre. Sólo Leo y las hermanas lo sabían. Después de un instante de saludos correctos, Sabina pudo ver el dolor, el miedo, la angustia y hasta una pizca de locura en su hermana. La que no creyó en su momento, ahora lo hacía.

Los cuatro se sentaron frente a un chocolate humeante que había servido la vieja Virtudes, que después de tantos años ya era de la familia.

–¿Habéis hablado con el Cuartel? –preguntó Sabina.

–Le hemos dicho que podría ser él –respondió Leo–. Es posible que tenga la señal del balazo que recibió en el hombro izquierdo. Ya nos dirán.

Dorotea no hablaba, a veces se balanceaba ligeramente en la silla, ¡quién lo diría!, lo que ella era, les culpaba de pecar a todas horas y los trataba como un sargento, y ahora...

–No respondiste a la carta, pensé que Ambros estaba con vosotras.

–Pues ya has visto que no.

– ¿Qué pasó con esa maldita cámara de fotos? Hemos vivido sin que ocurriera nada todo este tiempo, y ahora... parece que ha vuelto... ¿Qué hicisteis? –Y lo dijo levantando la voz, con los ojos tan abiertos que parecía fuera de sí.

Leo intentó calmarla, pero tenía la mirada clavada en Sabina.

–La enterramos en un lugar del que no saldría nunca.

–Pues no lo hicisteis muy bien. Está fuera y no sabemos dónde.

–Te recuerdo que no creías en ello, ni en lo que te contábamos, nos tachabas de locos, te recuerdo que fuiste tú quien encerraste a Ambros, y que si estás casada con Leo es porque...

Liber detuvo a su madre, nunca la había visto tan fuera de sí.

–Eso ahora no nos conduce a nada –añadió Leo.

Sabina no dijo más, se levantó y salió tan deprisa como pudo.

–Espera –Le dijo Leo ya en la calle–. Mañana puedo llevaros al pantano. Os recojo, si te parece, sobre las 9.

–De acuerdo.

Liber tenía hambre, solo habían comido un bocadillo en la estación y de la cocina del restaurante del hostel llegaba un olor apetitoso. Sabina se dejó llevar, estaba con sus pensamientos a saber dónde, comiendo muy poco y despacio, todo lo contrario que Liber, que dio buena cuenta de los platos. El vino no estaba mal, así que se levantó para pedir una copa más. En la barra estaba la dueña sirviendo a varios jóvenes. Más que un lugar para hablar y tomar copas, por el silencio y las caras de los parroquianos le pareció un velatorio.

–Ahora mismo le llevo la botella.

Su madre no se dio ni cuenta de que se había levantado.

– ¿Es de aquí este vino? –le preguntó cuando le sirvió más.

–Así es, hay una cooperativa desde hace cinco años. Algunos de los que están en la barra trabajan ahí.

–Están todos muy callados.

–No es para menos, hace unos días enterraron al hijo de un compañero.

–Vaya, lo siento, ¿algún accidente?

La dueña, una mujer de una edad parecida a la de Sabina, no le quitaba ojo a la madre. Sabina levantó la vista.

– ¿No me recuerdas?, soy la hermana de Pascal.

– ¡Pues claro, Adela! –Y se levantó para saludarla–. Entonces Marcelo, el que nos recibió esta tarde es tu marido...

Pero era evidente que a las dos mujeres les incomodaba la situación. Pascal, el amigo de Ambros. Con el tiempo y con todo lo sucedido, a la familia del joven nunca le quedó claro si la reacción irracional de Ambros había tenido algo que ver con su muerte.

–Te he oído decir que ha habido un accidente...

–Sí, Teo, un disparo fortuito, yendo de caza con su padre... Otro disparo fortuito, justo cuando volvemos a ver San Judas, justo cuando aparecéis. Es el tercer accidente en pocos meses, demasiados para un sitio tan pequeño. Algunos creen que con la bajada del agua, no solo ha salido a la luz lo que quedaba del pueblo, también algo más que al parecer solo conocéis vosotros...

–Vamos, mujer –el marido que había observado el encuentro la agarró del brazo y se la llevó.

La cena había terminado. Liber miró hacia la barra y vio cómo todos las observaban con semblante serio.

Ya en la habitación, Liber se pasó un buen rato criticando lo que acababa de suceder “¿Cómo pueden culparnos?, A nosotras y a la familia”, “¿pero qué se han creído?”, “¿es que todos están locos pensando que algo raro ha salido del pantano?”...

–Liber, déjalo y duerme.

– ¡No puedo!, estoy muy enfadada, así no puedo dormir.

Cuando el hostel quedó en silencio, Liber seguía en vela. Oyó unos pasos sigilosos que se detuvieron en la puerta, y le pareció que metían algo por debajo. La luz del pasillo estaba encendida y vio bajo la puerta unas pisadas que se alejaban, y quizás su sombra, y una sombra más... No quiso pensar en ello, atrajo más su atención la nota. Solo tres palabras: Preguntar a Rebeca.

3. Rebeca

Desde que encontró las dos cartas de Ambros en el fondo secreto del joyero de su madre, Rebeca no volvió a ser la misma. Estaban dirigidas a Sabina. Cartas que nunca fueron enviadas. Cartas que ni siquiera se habían abierto. Todo lo que sabía de su tío lo había oído fuera de casa, sus reacciones irracionales, la maldición de las fotos, su locura... La gente hablaba de él como un ser raro, extraño, implicado en accidentes y muertes. Más que estigmatizada por tener vínculos familiares con Ambros, Rebeca lo consideró como un valor en alza. Llevaba años obsesionada con la historia y por más preguntas que había hecho en casa, las respuestas no le satisfacían, “habladurías”, “historias de pueblo”, “no existe esa cámara”.

Pero ella creía en esas historias de pueblo, quería creer en ellas, se sentía superior ligada de alguna manera a alguien que había tenido ese “poder”, como ella lo consideraba.

Aquellas cartas de Ambros fueron reveladoras. Le decía a Sabina que se sentía culpable de haber enterrado la cámara en el pozo de San Juan, que sentía el mismo miedo atroz que sentían las sombras allí encerradas, que le suplicaban que las liberaba, *“jamás podré descansar en paz –le decía-, el agua ha cubierto el pueblo entero, justo ahora que creo saber cómo terminar con todo, cómo liberarlas. Pero ya es imposible. Me siento peor que si las hubiera matado con mis propias manos. ¡Por qué no lo pensé antes!, no era tan difícil averiguar qué es lo que querían, que es lo que quieren”*

La segunda carta de Ambros insistía en que sabía cómo liberar a las sombras, pero ya era tarde, para ellas y para él, que no sabía cuánto tiempo podría seguir así, que prefería estar muerto.

En su diario Rebeca no mencionó estas cartas, pero sí hablaba de Ambros

“La gente habla mucho de nosotros, del tío Ambros y de lo que ocurrió con una cámara. Si los mayores creen en esas cosas es que debe ser cierto. Solo tuve que atar cabos para saber en qué pozo estaba enterrada, pero yo no podía ir, así que se lo dije a Teo. Le prometí que le besaría y que me dejaría tocar. Y la encontré, pero quiso más de lo prometido y tuve que dárselo. Lo pagaré caro, ellas me ayudarán, como ayudaron a Ambros...”

...La cámara me habló desde el principio, con solo enfocar ya aparecían sombras. Cuando las vi junto a Delia pensé que no estaría de más darle un escarmiento, siempre pavoneándose y diciendo que mi familia era rara, así que disparé el objetivo...

... Algún día seguiré a Teo y dispararé la cámara...

...Cuando volví al instituto me enteré del accidente de Delia. No sé cómo tomármelo. Tiene que ser casualidad, aunque algunas se empeñan en mirarme de forma distinta. Pues será mejor que no se metan conmigo, o también enfocaré la cámara hacia ellas... Debería estar preocupada, pero no lo estoy. Es como si alguien resolviera mis problemas...

...Ha sido una noche extraña, o de verdad tienen vida propia las sombras o me estoy volviendo loca. La noche pasada tuve la impresión de que estaban en mi habitación. Al encender la luz solo pude ver algo que desaparecía muy rápido. Pero no sentí ningún temor, al contrario. Sin que me hablen sé que fueron ellas las que acabaron con Delia y quizás pronto con Teo. Ha habido más accidentes pero dudo que hayan tenido algo que ver...

...Ahora puedo ver las sombras aunque no lleve la cámara, algunas están conmigo continuamente, pero creo que solo yo las veo. Disfruto con la situación, como si fueran mi guardia personal...Veo sus caras en la oscuridad de la habitación y me parece tener poder sobre ellas y sobre la vida de otras personas. Me gusta...

...Creo que mis padres también ven las sombras a mi lado, mi madre está angustiada, puede que piense que voy a tener un accidente, que me moriré... Si ella supiera...

...Desde hace varias noches las noto nerviosas, tengo la impresión de que me destapan y hasta me zarandean cuando estoy en la cama, como si quisieran algo que no logro comprender, como si hubieran perdido la paciencia y me exigieran algo. Apenas puedo dormir. Empiezo a preocuparme, ¿y si acabo como Ambros? Mañana conoceré a mi prima. Espero que no me compliquen la vida y se vayan pronto...”

Viernes.

Cuando Leo se presentó a recogerlas Sabina no sabía cómo preguntarle qué significaba la nota. Lo primero era ir al pantano. El coche se detuvo junto a la iglesia nueva, o la iglesia que habían rescatado antes de la inundación. El caudal del pantano había ido mermando con los años y ahora aún más con la sequía. Caminaron casi una hora entre rocas y arena hasta divisar aquel revoltijo de piedras, los restos de San Judas.

A esas horas se encontraban solos en una inmensidad de desolación, sin vegetación, en un silencio anormal, sin el sonido del viento, o el cántico de los pájaros. Como un lugar muerto. Como lo que era.

– ¿Te haces una idea? –le preguntó Leo.

–Desde luego que sí. Mira estos adoquines de la plaza, están intactos, y parte de algunos muros...

Liber estaba impresionada, callaba. Ella no recordaba nada, pero le pareció un sin sentido acabar así con el modo de vida y recuerdos de tantas generaciones.

Sabina se detuvo en lo que había sido la casa familiar, se podía ver en el suelo la barandilla de hierro del balcón. Vio en el mismo estado que los recordaba los poyos de piedra hechos con grandes lajas, y se sentó. Le vino a la memoria un pasado feliz, sus padres allí sentados, al calor del sol en invierno, o al fresco las noches de verano... La dejaron a solas, nunca pensó que volvería a sentarse a la puerta de casa. Pasó volando un cuervo que dejó tres sombras en el suelo, dos de ellas se movieron independientes. Siguió esas sombras con la mirada y vio donde se detuvieron, a unos seiscientos metros. Allí se dirigió Sabina, sabía qué lugar era.

Con ella se reunieron Libertad y Leo, durante unos instantes solo se quedaron allí quietos, sin decir nada.

Sabina se agachó, movió una piedra y enseguida se vio el fondo. Nada. Y casi gritó.

– ¡No está!

Se agachó de nuevo, incluso se tumbó en el suelo y metió las manos intentando sacar piedra como si le fuera la vida en ello.

– ¡Déjalo, Sabina, no está!

– ¡Tiene que estar!, ¿Quién ha podido encontrarla?

– ¡Vámonos de aquí!, ya has visto lo que querías ver, lo que te temías –Leo intentó levantarla del suelo, pero Sabina se resistía.

–A lo mejor está en otro lado –dijo hablando más para ella misma.

El “No” que le dirigió Leo fue categórico para devolverla a la realidad.

Cuando las dejó en el hostel les hizo prometer que irían a cenar a casa, quizás la frialdad y rencores entre las hermanas se suavizase con la presencia de Rebeca, que estaría a punto de llegar.

–Hazlo por ellas –le dijo Leo refiriéndose a Liber.

–Espera –le detuvo Sabina–. Es mejor que te lo comentemos a solas, anoche nos pasaron esta nota debajo de la puerta.

Solo eran tres palabras: “Preguntar a Rebeca”, pero Leo se tomó su tiempo.

–No lo entiendo, ella es la víctima, tiene 16 años ¿qué puede saber?...

Esa nota aumentó la preocupación de Leo, era su hija, él mismo había visto las sombras en dos ocasiones y también Dorotea. Sabían lo que significaba. Ya habían muerto varias personas y todos pensaban que se debía a la cámara. Teo, un accidente y Delia, según los médicos, había sido por un aneurisma, pero a partir de ahora todas las muertes iban a estar bajo sospecha. ¿Qué iba a saber Rebeca?, si supiera algo evitaría que la siguieran a ella. Hizo bien Sabina enseñándole la nota a él solo, no quería aumentar la angustia de Dorotea.

—Ya no soporto este dolor de cabeza —le dijo Sabina a Liber—. Me acerco a la farmacia a por optalidón.

Mientras esperaba a ser atendida vio bajar del autobús a una joven, y a su lado tres sombras, y creyó que iba a necesitar algo más fuerte. ¡Pensó que nunca más volvería a verlas!, pero ahí estaban. Y ella, sin duda, era Rebeca. Leo estaba atendiendo a un cliente, pero se percató de la sorpresa de Sabina, que se giró para ver su reacción. No hizo falta que ninguno de los dos hablara.

Pero había algo diferente en esas sombras, no eran como cuando Ambros vivía.

—No sabría explicarte por qué —le comentó a Liber—. La vi caminar como si no estuviera asustada al llevarlas a su lado. ¿Y si la nota tiene razón? ¿Y si sabe algo? ¿Deberíamos preguntarle?

El apacible día cambió de pronto. Un viento fuerte desnudó gran parte de las hojas de los árboles que se esparcían por todas las direcciones y unas nubes negras descargaron con tanta fuerza que no era prudente salir del hostel. Los apagones iban y venían, hasta que la luz se apagó por completo dejando al pueblo en la más absoluta oscuridad.

Llegaron a casa de Leo y Dorotea bastante empapadas, la lluvia se calmó un poco, pero no el viento. Se secaron con las toallas que Virtudes les ofreció. Cuando entraron en el comedor un relámpago iluminó la estancia reforzando la luz de las velas. Dorotea parecía más tranquila. Rebeca entró en ese momento, saludó a Liber con un beso y al ir a dárselo a Sabina, un nuevo relámpago las iluminó a las dos. Sabina pegó un grito y se apoyó en la silla.

—¡Madre! —Le gritó asustada Liber.

Intentaba decir “lo siento”, pero no podía respirar.

—Me ha asustado el último relámpago —dijo todavía apoyada.

No dijo que había visto el rostro de alguien en los ojos de Rebeca. Quiso creer que había sido su mente, pero la falsa sonrisa de la joven no se lo ponía fácil.

Leo les ofreció una copa de vino, pensó que necesitaban algo fuerte. Las velas seguían encendidas en toda la casa y el fuego de una enorme chimenea calentaba el ambiente frío, aunque no la frialdad de las hermanas.

—Del Cuartel nos han dicho que el cuerpo encontrado tenía una marca de bala en el hombro izquierdo. Dan por sentado que es Ambros.

—Lo encontramos, pero no sabremos nunca lo ocurrido. Llevaba tres años recluso, ¿cómo pudo salir y que nadie viera nada? —decía Dorotea.

Aunque había poca luz, Rebeca y Libertad no dejaban de mirarse. Los demás pensaron que tal vez se dieran cuenta del parecido.

—¿Os han dicho que me acompañan las sombras? —dijo poco antes del postre.

—¿Tú las ves? —le preguntó Liber.

—Desde luego, pero no temo por mí, empiezo a conocerlas y a saber qué quieren.

Sabina se levanto y se le acercó, se puso a su lado casi de rodillas.

—¿Y qué es lo que quieren? ¿Tienes la cámara, Rebeca?, dime, ¿la tienes?

Solo una sonrisa por respuesta. Dorotea comenzó a inquietarse, a suplicar por Dios que aquello terminara pronto y que terminara bien, incluso sacó el rosario para rezar.

—¡Madre, deje de hacer aspavientos!, nada tiene que ver con Cristo y los Santos.

—Es un castigo de Dios —decía Dorotea.

–No es un castigo de Dios, es un castigo de ellas, ¿me oye madre?, de ellas. Las sombras tienen vida propia.

– ¿Y tú cómo lo sabes? –le preguntó Liber.

–Porque...

No terminó la frase, de nuevo esa sonrisa.

–Rebeca, si sabes algo debes contárnoslo. Estás en peligro.

–No, padre, no lo estoy, y no me preguntes, solo hago caso a las sombras.

– ¡Es el diablo, es el diablo! –repetía Dorotea–. Le están haciendo lo que a Ambros, la están poseyendo, y la historia se repite... Todas esas muertes...

Sabina miró fijamente a Rebeca.

–Si está dominada por las sombras puede ocurrir cualquier cosas, incluso...

– ¡Calla!, ¡no lo digas! –Gritó la madre.

–Escucha, hermana. Antes de ingresar a Ambros ya se le había ido de las manos. Quien acabó con la vida de Mateo por accidente, murió a los pocos días por otro accidente. Y no fueron los únicos, él mismo me lo dijo, las utilizaba en su beneficio. Al final hizo lo que pensó que era mejor, enterrar la cámara para siempre. Aunque justo entonces tú... lo encerraste.

–Sí, fui yo, hice que lo encerraran –dijo con mucha rabia Dorotea–, y de haber sabido lo que sé ahora lo hubiera hecho antes. Logró escapar y ¡volvió a por ella!, a riesgo de perder la vida, como así ocurrió.

–De acuerdo –añadió Leo–, más razón para separar a Rebeca de esa maldita cámara.

Por un instante todos callaron. Rebeca parecía ajena a la discusión, como si el asunto no fuera con ella. Liber sin saber qué decir o cómo ayudar y Sabina con la mirada fija, como hipnotizada con las llamas del fuego. Y entonces abrió los ojos y se levantó.

– ¡Deberíamos haberla quemado!, no enterrado –y miró a los demás como esperando su aprobación.

–Puede que Ambros pensara lo mismo –asintió Leo.

En ese instante Rebeca pareció despertar y gritó de dolor retorciéndose. Al mismo tiempo en la planta de arriba se escuchó ruido de puertas que se abrían y cerraban de golpe, un alboroto como si alguien estuviera lanzando sillas y muebles, mientras Rebeca seguía retorciéndose.

– ¿Qué te ocurre? –le preguntó su padre.

– ¡Me duele!, ¡me quema! –repetía y una y otra vez.

Sabina gritó al aire, o a las sombras: –“¿Qué queréis?”

–Que pare, por favor –decía Rebeca con el rostro desencajado.

Leo subió a la habitación de Rebeca, pero antes de tocar la puerta, fue lanzado escaleras abajo. La situación era desesperante. La luz iba y venía, pero eso no podía ser de la tormenta. Dorotea lloraba y rezando se acercó a su hija mostrándole la cruz del rosario.

– ¡Aparta! –gritó la joven.

–Si quemamos la cámara todo se habrá acabado –repetía una Sabina que sabía que se enfrentaba a las sombras, pero por respuesta fue lanzada contra la pared.

– ¡No! ¡Debemos volver a casa! –Ahora eran dos voces distintas que salían de la joven, y a su lado una sombra que parecía tener vida propia. Rebeca no estaba.

Todos se apartaron.

La sombra que se veía fue desapareciendo al tiempo que Rebeca volvía a la realidad. Se encaró con su madre.

–Ella debería saberlo, y también tú, Sabina, si te hubieran llegado las cartas de Ambros.

Todas las miradas se posaron en Dorotea que se sentó como si fuera de plomo, tapándose la cara con las manos.

–Sabía que Dios me castigaría. Estabais tan unidos... siempre me dejabais al margen. Me dio esas cartas para enviártelas, pero las guardé sin abrir. Después, cuando desapareció no pude leerlas. Ya era tarde, ¿de qué iba a servir?

A Sabina no le consolaban sus lágrimas, ni su dolor. Si Ambros había averiguado cómo hacerlo, lo harían.

Rebeca subió a su habitación, al poco rato llegó con la cámara y las cartas nunca enviadas.

Al verlas, Dorotea se levantó de pronto y le arrancó las cartas y la cámara a Rebeca, con toda la intención de arrojarlas al fuego, pero algo la apartó de golpe, la cámara cayó al suelo y disparó al rostro de Dorotea. Fue su último grito al golpearse la cabeza. No volvería a despertar.

4. De vuelta

Se fueron de El Erial con la impresión de que la gente del pueblo agradecía esa partida, consideraban que de esta forma no volvería a ver las sombras. Y así iba a ser, no porque ellos se fueran, sino porque las sombras ya estaban donde querían, como había dicho Ambros.

Leo le tendió a Sabina el abrigo por encima. Estaban en la cubierta del barco mirando al fondo las luces de la ciudad. Lejos quedaba El Erial. Hacía más de un mes que le habían dado el último adiós a Dorotea, a Rebeca le estaba costando sobreponerse a lo sucedido. Irse por una temporada, o quizás para siempre, parecía una buena idea. A todos les pareció la mejor solución.

Liber tomó la mano de su madre y la apretó con fuerza y cariño. En la otra mano, Sabina no se desprendía de las cartas de Ambros. Las había leído tantas veces que las sabía de memoria.

“...si pudiera volver, o retroceder en el tiempo, con lo que ahora sé, habría cambiado todo. Aunque recluso y lejos de la cámara y de las sombras, no me libero de ellas, todas las noches están en mis sueños, como almas en pena unas veces y como almas vengadoras en otras. Me piden que vaya, que me meta en el agua y hurgue en el pozo. Es imposible, lo sé, pero si perezco en el intento al menos me habré liberado. Pero ellas no, y si alguna vez salen... quizás el pantano se seque, quizás dentro de varias generaciones... volverán a insistirle a aquel que las libere. Actuarán igual que conmigo, atraerán más sombras confiando que ellas les ayuden, puede que las retengan un tiempo, pero terminan liberándolas, como hacían con las sombras que involuntariamente atraía cada vez que hacía una foto.

Te diré lo que creo que ha ocurrido. Instantes antes de morir las almas de esos soldados quedaron atrapadas en la cámara y yo la recogí casi de inmediato, sin darles tiempo a... no sabría decir... ¿a quedarse? Ahora quieren regresar al lugar del que nunca debieron salir tan de inmediato, mientras perdían el cuerpo. Sé dónde están sus cuerpos porque ayudé a hacer las fosas. Necesitan que las liberen en el mismo campo de batalla donde murieron.

Sabina, debes recordar cómo ayudarlas y cuéntaselo a tu hija y que ella lo cuente a los suyos, porque alguna vez, en alguna generación, se podrá enmendar el daño causado”.

Sabina parecía sonreír al recordar. Había hecho la voluntad de Ambros, lo que querían las sombras. Habían encontrado el campo de batalla, Rebeca las acompañó. Dispararon la cámara en aquel lugar frío, desierto. A pesar de estar anocheciendo vieron dos sombras en medio de la nada, como niebla que va desapareciendo, cada una hacia un lugar distinto. Después enterraron la cámara en lo que creyeron que era la fosa común.

No hablaron hasta que todo había pasado. Liber tomó la mano a Rebeca.

– ¿Estás bien?

– Mejor, hermana.

Las tres mujeres regresaron al coche. Ninguna vio la sombra de una mujer, con un rosario en la mano que vagaba entre los árboles.